

LA NOVELA FILM

N.º 13

30 cts.



COMO AMAN LAS MUJERES

LA NOVELA FILM

Redacción } Lauria, n.º 96
Administración } BARCELONA

Año I

N.º 13

COMO AMAN LAS MUJERES

Adaptación cinematográfica de la popular
novela «EL PELIUROSO LEGADO» por
Izola Forest

Óptima interpretación
de la reina de la pantalla

Betty Blythe

SELECCIONES CAPITOLIO

CONCESIONARIO:

S. Huguet

Provenza, 292-Barcelona

Prohibida la
reproducción



COMO AMAN LAS MUJERES

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

No hacía mucho tiempo que la hija de una famosa cantante de ópera italiana había llegado a las prósperas tierras de América, llena de atención y entusiasmo, guiada por una egoísta y árida anciana.

Esta llamábase Nanita y aquélla Rosa Roma... venusta figura que parecía tallada por manos divinas inspiradas por el amor...

El tren de vida que ambas mujeres llevaban en Nueva York, agotó pronto sus recursos y llegó un momento difícil que Nanita—que temía a la miseria—se apresuró a presentarlo a Rosa con toda su gravedad.

—¡Pobre Nanita mía! ¿A qué hacer tantos aspavientos a propósito de una insignificancia de dinero?—exclamó la hija de la difunta artista.—Y, en último recurso, ¿por qué no vender algunos de los rubies de mi madre?

—¿Qué locura! ¿Vender los rubies que tu tía tiró a los pies de tu madre! Recuerdo su leyenda: "Es Vida regalarlos, pero Muerte cambiarlos por oro."

—Es verdad... En este caso, no se pueden vender... Además... son un recuerdo de mi madre y, por esta sola razón, sagrados para mí... ¡Recuerdas a mamá en el papel de Carmen, cuando toda Europa la idolatraba?

—Los recuerdo... los recuerdo esos días gloriosos! ¡Hasta que la desdichada se rindió



...Rosa Roma... venusta figura que parecía tallada por manos divinas...

al amor... a la locura, y por tu padre abandonó las tablas... lo abandonó todo: fama, dinero, admiradores!

—¿Por qué me hablas de ella empleando siempre ese tono de reproche?

—¡Ah! ¡El amor ha sido la maldición de tu familia desde los días de la princesa Fiamet-

ta!... Un plebeyo se enamoró de ella... fué correspondido... y los celos de la desdenada novia del hijo del pueblo la convirtieron en asesina de su noble rival, al sorprenderla abrazada a su prometido... ¡No des nunca tu corazón a ningún hombre, Rosa! ¡El amor es sufrimiento... ruina! Sé de hielo... sigue los consejos de



Un plebeyo se enamoró de ella... fué correspondido...

la vieja Nana y verás al mundo a tus pies.

Los seguiré, amiga mía, en ti fin.

Unos días más tarde, Rosa daba el primer paso hacia la Fama y la Fortuna, presentándose ante un competente maestro conocido de Nana.

Después del examen de la voz, de la aspirante a la misma gloria de su madre, el maestro

emitió sinceramente su opinión, un tanto defraudado en sus esperanzas respecto a las cualidades de su nueva discípula.

Yo, Jacobelli, el maestro de canto más egregio que hay en el mundo, te lo digo y te lo afirmo. Tienes la misma voz de tu madre; magnífica, hermosa... un torrente de pura ar-



Rosa daba el primer paso hacia la Fama y la Fortuna...

monía, sí...

Nanita se deleitaba con tales elogios a su protegida.

—Pero...—prosiguió el profesor—te falta la llama de su alma... esa hoguera de fuego sagrado que ardía en su pecho, como el incendio ruge en las entrañas del Vesubio...!

Rosa y Nanita sufrieron un desencanto.

—No obstante, maestro—objetó Nana—tú harás de ella una gran cantante como su madre, ¿eh?

—¡Oh! Todo puede intentarse... Yo pondré todo mi empeño en que ella triunfe... ¿Quién se encargará de mis honorarios?

—¡No hables de dinero!; Somos todos artistas!; Ya serás pagado cualquier día!

—No es sólida base el porvenir, cuando se vive a duras penas el presente...

—No sigas... Únicamente usaste tus oídos, pero, ¿dónde tienes los ojos?; Mírala!; Alguien habrá, sin duda, que desee proteger tanta hermosura!

Rosa, radiante de belleza, asistía, en mutismo encantador, al juicio oral de sus condiciones artísticas. El maestro la contemplaba con ojo de inteligente.

Nanita remachó aún:

—¿Sobre tan sugestivos cimientos, no te crees capaz de edificar un alma y una voz prodigiosas?

El maestro reflexionó un instante más, y al cabo de éste decidió:

—El gran Jacobelli ha consentido en darte lecciones de canto. Es una gran cosa, de la que tienes que felicitarte—dijo a Rosa.—Desde ahora mismo voy a poner manos a la obra. Yo sé del rico señor Ward que es un Mecenás para los artistas... muy especialmente para las artistas cuando son tan hermosas...

—¿Este es el hombre que nos conviene, maes-

tro!—opinó Nana, repantigándose de antemano en el mullido sillón de la esperanza.

Rosa asentía en todo.

—Voy a telefonearle desde aquí... delante de ustedes.

En efecto, Jacobelli llamó al teléfono al señor Ward, quien en aquel momento se hallaba empuñado en animada plática con un tal conde Jurka.

—¿Quién...?—preguntó él.

—Soy Jacobelli... Siento molestar a usted, pero el caso merece la pena... La señorita Rosa Roma, un encanto de criatura, hija de la que fue insigne cantante, María Roma, está en mi casa y tiene deseos de lanzarse en el teatro... ¿Podría usted recibirla, pues desear hablarle?...

—Tuve el honor de contarme entre los más fervientes admiradores de la madre, y ciertamente me satisfaría conocer a la hija. Puede venir, cuando guste, a verme.

Jacobelli colgó el auricular del aparato telefónico y batió palmas en elogio de Rosa.

—¡Bravo, bravo, esto va bien! El Mecenaz ha acogido con suma benevolencia mi discreta proposición de apoyo a la futura artista!

—¿Es usted un héroe, maestro!—comentaba Nana... Mientras que Ward proseguía su entrevista con el aludido conde.

—Ya conoce usted, conde Jurka, mi pasión por las joyas... particularmente por los rubies. Me fascinan... son mi locura. Fíjese en estos.

—¡Admirables!—reconoció el conde.—Sin embargo, conozco otros mucho más maravillo-

sos. Unos rubies estupendos de brillo, talla y colorido... ¡verdaderas lágrimas de sangre caídas! Gemas peregrinas que fueron un día orgullo de un príncipe oriental!

—¿Son adquiribles?

—Es posible... pero le costarán medio millón de dólares, y debe comprometerse a no dirigir pregunta alguna.

—El precio es exorbitante... Pagaría por esas joyas la mitad de lo que usted pide, ¿Hace?

—Imposible... No puedo correr el riesgo por un centavo menos. Acaso sea necesario, para conseguirlas, un... accidente.

—Y si las apariencias, respecto a esos rubies excepcionales, le hubieran engañado a usted acerca de su valor?

—Afirmo que no posee usted ninguno que se pueda comparar a los que yo he visto.

—¿En este caso, vaya a conseguíroslos!

* * *

Cuando Jacobelli presentó a Rosa a Ward, éste le dijo a ella, gratamente sorprendido de sus gracias:

—Me guié del criterio de Jacobelli en cuanto a su voz, señorita. Usaré de toda mi influencia con los de la Ópera, y entretanto adelantare veinticinco mil dólares para los gastos.

Nana y Jacobelli intervinieron para protestar del adelanto que ofrecía el rico.

—¡Veinticinco mil dólares es muy poca cosa! Necesita tantos... criados, vestidos, joyas, automóviles...

El señor Ward repuso con naturalidad, dirigiéndose a Rosa:

—Sus amigos opinan que soy un tacaño, y estoy dispuesto a demostrar lo contrario. Doblaré la suma, pero bajo tres condiciones...

—¿Cuáles?

—Deberá usted ocultar su verdadero nombre hasta que anuncie oficialmente su debut. No cantará en público sin mi permiso, y deberá usted renunciar al amor...

—Sus condiciones son muy razonadas, señor Ward, y las acepto encantada.

—Entonces, maestro Jacobelli, a cumplir sin demora con su deber.

—No se preocupe usted, señor, que lo que no consiga mi amor propio en juego, nadie lo lograría.

Sobre esto, se despidieron del Meccenas los artistas, contentos y con muchas ideas en sus cerebros, predominando la de la buena vida que se iban a dar los tres con el dinero del potentado.

En una bohardilla de "Greenwich Village", la Bohemia neoyorquina, un joven compositor, Griffith Ames, luchaba afanosamente por un puro ideal artístico. En su humilde morada, que compartía con Dimitri Kaver, su mejor amigo, violinista de talento, sobraba ideal y faltaban pesetas... pero todo se compensaba con la confianza en el porvenir...

Por tal razón, era un acontecimiento que hasta el quinto piso de sus sueños de almas sensibles llegasen unos billetes de Banco como los

que el virtuoso del arco llevó un día a Griffith, que era quien administraba el "hogar" artístico.

—Chico, ¿qué es eso? ¿Dinero, dinero de verdad? ¿Por qué milagro llegó a tus manos?

Dimitri, sin osar levantar la voz, explicó:

—De mi amo viene... el conde Jurka.

—Por lo visto, espléndido es el noble, ¡Enhorabuena, amigo!

Dimitri no escuchaba ya a Griffith, pues sus palabras se cortaron en su garganta, ante la aparición, en la torre de su fantasía, del propio conde.

Griffith los dejó solos, sin revelar el motivo del "sacrificio" del aristócrata en subir los incontables tramos de la base a la cúspide de la escalera y, frente a frente el artista y el prócer, habló este último:

—¿Por qué te escapaste cuando te di ese dinero?

—Porque sabía que mi camarada me esperaba con cierta cantidad.

No fue sólo por eso, bien lo sabes... que no te los diera yo por esa sola circunstancia, que a mí poco me importa. Enterate de este cable.

Dimitri, temeroso, leyó el papel que le mostraba el conde.

Decía, el parte así:

"Conde Jurka, Nueva York.

"Detenida muchacha Kaver aguardando instrucciones para proceder ejecución.

Devau."

Dimitri prorrumpió en lamentos ante el de

sangre azul, quien le miraba con aire de compasión.

—Tened piedad de ella... de mí...—imploraba Dimitri. ¡La pobrecita!...

Jurka mascó esta frase con cínica frialdad:—No tengo más que decir una palabra y tu hermana será fusilada en Rusia como espía revolucionaria. Se extravió por falsos senderos, ayudando a determinado partido, y mis correligionarios cumplirán mis mandatos. Si tú haces lo mismo sin discusión... la vida de tu hermana no deberá preocuparte... y pronto podrás abrazarla.

Dimitri se debatía en el terrible dilema de ser un miserable por salvar de la muerte a un ser—el único que le quedaba en el mundo—que llevaba su misma sangre.

Doloroso era bajo todos conceptos resolver aquel terrible caso... pero era fuerza decidir pronto.

No pudo apelar a la clemencia del conde—insensible a las miserias humanas—y, vendiéndose a sí mismo, en un esfuerzo supremo, humillóse a servirle.

—Por la libertad de mi hermana, os pertenezco... ¿Qué queréis de mí?...

—No esperaba menos de ti, Dimitri... Y no te pesará... Si eres listo, podrás ganarte una buena suma de dinero, y librarás a tu violín de la tortura de tu arco... Oye, pues, de lo que se trata...

Dimitri, livido como el que antes de cometer

una mala acción considera el castigo que merece, se aprestó a escuchar.

Sonaron en el silencio estas palabras:

—Cierta joven cantante italiana, tiene en su poder unas joyas de raro mérito. Tienes que apoderarte de ellas a todo trance... Buscaré una ocasión para que la veas, y desde ese instante "trabajarás".

Dimitri, maquinalmente, mostrábase conforme en secundar los planes del conde, y éste, previendo de antemano el éxito de su empresa, desapareció tranquilamente de la bohorda, hacia el coche que lo aguardaba en la calle.

Habían pasado unos días.

Rosa vivía en una verdadera prisión de afectos; tan grande era el miedo de Nana de que se enamorara de alguien. Pero, una noche, Jacobelli, apañado de su soledad y aburrimiento, la acompañó a una "soirée" artística, con Nana como carahina, y al llegar al salón en fiesta, dijo a su alumna:

—Recuerda tu promesa al señor Ward y calla tu verdadero nombre. Esta noche te llamarás únicamente... la señorita Rosa... ¿Entendido?

—De acuerdo.

—¡Oh! exclamó luego Jacobelli.—He ahí al gran Casanova, director de la Ópera. ¡Mira cómo se pavonea! Tiene todo el porte de un rey! Voy a saludarlo.

Rosa quedó sola, al margen de la fiesta, y sus ojos inquietos e infantiles lo escudriñaron todo.

Dimitri había recibido del conde la orden de asistir a aquella reunión de arte, y el desdichado violinista se encontraba en ella, con Griffith, por dos razones: la expuesta, y por haber sido requerido, con su compañero—que lo acompañaba al piano—a tocar en la fiesta.

Griffith se fijó, casualmente, en Rosa, y algo extraordinario se manifestó en su pecho al sentir la mirada de ella sobre su persona.

Rosa desvió rápidamente su vista del compositor, pero no lo bastante para considerar su simpatía varonil.

Tanto fué así que, al regresar a su lado después de un caluroso saludo al gran Casanova, como él solía llamar al director del Gran Teatro—el maestro Jacobelli, ella le preguntó, señalándole con cautela a Griffith:

—¿Quién es ese joven?

—No es más que un pobre compositor, alimentado de sueños y quimeras... ¡un bohemio!

Rosa volvió a mirar al compositor, y llegó a la confirmación de que tenía algo excepcional que le resultaba altamente agradable ¿Su distinción?... ¿Acaso su místico mirar?... No sabía... Algo lo resumía todo... ¡Su alma!

Su alma, sí, debía ser, pues esparcía en el salón, con los acordes sentimentales del violín y del piano, en acción por las manos hábiles de los románticos muchachos.

Y se presentaron a sí mismos—gracias a haberse caído un fino pañuelo a Rosa, porque sus ansias eran las mismas.

Mientras Griffith le entregaba el pañuelo a

Rosa, pronunciando las sabidas frases de ritual, Dimitri, apartado con el conde Jurka, se pasaba al criterarse de que la belidat que conversaba con su amigo, era la víctima del villano.

—Ella es quien posee las joyas de que te hablé. Recuérdala para cuando sea conveniente dar el golpe.



Se presentaron a sí mismos...

Dimitri se repetía, como siempre, que no podría ser ladrón, pero luchaba por resignarse a perder su honorabilidad, a cambio de salvar a su hermana, a la par que Griffith regalaba a Rosa con su admirativa plática.

—Como el glorioso César, mi linda señorita, usted vino, vió y venció... Grande honor quiso hacernos el destino cayéndosele a usted el pa-

huelo y poniéndome a su alcance... Se lo agradezco como jamás me complació tanto una alegría... y solicito la ventura de quedarme con tan rica prenda...

—Ustedes, los artistas, son exuberantes en todo...

Ante la gloria de unos ojos como los suyos, quién, prosista o poeta, se resiste a mirarse en ellos y murmurar: ¿quién es usted, mujer o diosa?

—¡Oh!... No soy más que una cantante desconocida... del montón... Llámeme únicamente... Señorita Rosa.

—Rosa... Bella y fragante como la flor... Dulce nombre...

—Por favor...

—Griffith Ames no exagera, Señorita Rosa.

—Puedo, entonces, estar orgullosa, ¿no?

—Usted lo puede todo...

—¿Cantar a gusto del público también?

—Su semblante hace presumir las más sorprendentes facultades... Si me atreviera...

—Diga sin temor...

—Le propondría que viviese a mi estudio. Me sería muy agradable darle lecciones... Tal vez pueda serle útil.

—¿Y si la empresa fuese dura?

—En tal caso, vano empeño sería el de usted en querer cantar...

—No le creí tan... eminente...

—No, Rosa, digo, perdona, Señorita Rosa, yo no soy más que un soñador... ¡Pero usted

encarna el ideal de toda mi vida... un ideal que he estado persiguiendo como un loco!

La fiesta seguía en el salón.

Rosa y Griffith, sin darse cuenta de ello, se habían aislado, y sólo los latidos de su corazón influían en aquellos deliciosos instantes, en sus almas...

* * *

El recuerdo de la noche anterior acariciaba con ternura infinita la ilusión de Griffith en su elevada morada de ensueño.

Ella, Rosa, era la dueña de sus pensamientos... Durmióse con ella en su imaginación y despertó de idéntica manera. ¡Estaba enamorado!

A Rosa, por su parte, le había sucedido lo mismo y, dispuesta a no cortar, con su indiferencia, el encanto de aquella su primera aventura, introdujo, en la tarde de ese día, con su persona, un poderoso rayo de esperanza en la casa de los músicos.

Griffith dudaba, aún viéndola con sus propios ojos, de tanta ventura.

—¿Usted?...

—He venido por mi primera lección. Estas flores—dijo Rosa con seductora entonación ofreciendo un ramo de éstas al compositor—serán el pago.

—¿Cómo demostrarle mi inmensa ventura?

—¡Bah! ¿Pretende usted que crea que el maestro viene obligado a estar agradecido al

discipulo? No es de la misma opinión el ilustre Jacobelli.

—Los viejos artistas discrepan de nosotros, Señorita Rosa... Ellos consideran que el verdadero arte es saber hacerlo productivo... Los jóvenes, en cambio...

—Sueñan...

—Y somos felices con nuestras locuras...

—En la escasez...

—El ideal nos basta.

—Poco exigentes son, en verdad.

—Una palabra nos da la vida...

—¿El Éxito?...

—Unos labios nos curan nuestras llagas morales...

—¿La Musa?...

—Y unos ojos encienden nuestra inspiración...

—¿El Alma?...

—Todo se reduce a "Mujer".

—Ah! ¿De modo que cada artista tiene su amor... real? ¿Pueden ustedes amar, amándolo todo?

—Ideal significa deseo de encarnación de una forma divina y humana que concibió el espíritu... Pureza... bondad... sugestión... poder... aniquilación de errores... el *Mundo* entero...

—Ya... ya...—interrumpió Rosa, que adivinaba el final de aquel arranque malabarístico.

Griffith iba a insistir, mas la llegada de Dimitri se lo impidió, reponiéndose Rosa de su súbito rubor...

El violinista tenía el rostro desencajado. In-

teriormente, temblaba... y la presencia de Rosa produjo en él una extraña impresión.

Rosa, a quien Dimitri había sido también presentado la víspera, correspondió a su saludo y le entregó una flor, diciéndole:

—Le ruego la acepte en recuerdo de la música con que regaló usted anoche nuestros oídos.

Afectado, Dimitri guardóse la olorosa prenda, e inclinándose ante Rosa, murmuró:

—Mi pobre música se ve premiada con un presente digno de los dioses.

Tras esto, Griffith se sentó frente al piano para que Rosa le diese a conocer su voz.

Ella, que resueltamente tenía decidido tomar un simóntero de lecciones en aquel aéreo templo del genio desvalido, cambió lo peor que pudo.

Dimitri, convencido de que sería inútil forzar-se a sí mismo para causar el menor daño a Rosa, que tan afectuosa se le mostraba, descendió la escalera y en la puerta de la calle habló con el conde, quien, enterado, por haberla vigilado, de la visita de Rosa a Griffith, le había dicho, cuando él llegó, un poco después de Rosa, que aprovechara la circunstancia de recibirla en su casa para trabar buena amistad con ella a fin de, llevándola a engaño, usurparle, en la primera ocasión propicia en que ella los llevase puestos, los codiciados rubios.

—No quiero... no puedo traicionar a esa señorita.

El conde, que se encontraba aún en la calle, junto a la casa de los artistas para seguir, cuan-

do ella bajase de la bohardilla a Rosa, para enterarse de las relaciones que sostenía en la ciudad—sonrió al oír la denegación de Dimitri y, seguro de esgrimir un arma eficaz, le recordó brutalmente:

—Tu desobediencia es la sentencia de muerte de tu hermana.

Nada podía intentar Dimitri contra el conde, y claro está que hubo de callar y decidirse, otra vez más, a obedecerle.

—Perdonad, conde, mi vacilación. Esa señorita no me parecía mala y me daba pena despojarla de algo que ella debe apreciar, sin duda, mucho.

—Pues déjate de sentimentalismos y date prisa en acabar con tu obligación.

—No le tenéis compasión a nadie.

—¡Idiota! El mismo interés que tú en ver libre a tu hermana tengo yo en poseer estas joyas.

—Pero...

—¡Basta!

El conde, mirando furiosamente al violinista, lo plantó en el acto, humidiéndose en la tortuosa calle.

Dimitri no tuvo valor para volver a subir a su bohardillo, para no molestar a su amigo en su angelical aventura, y para que no le recordase más la conciencia, al verla a ella, el robo que debía hacerle.

Rosa ya había terminado de cantar y esperaba oír, sonriendo por dentro, la opinión de Griffith respecto a su habilidad.

No muy entusiasmado, en verdad, el músico, pero ciego de pasión el hombre, Griffith dijo:

—La voz de usted, Rosa, ofrece portentosas probabilidades... Malos maestros, por lo que veo, han estado a punto de estropearla irremisiblemente.

—¿Si le oyese Jacobelli!—pensaba Rosa.

—Pero yo corregiré esos defectos de su timbre vocal... Yo convertiré a usted en artista... Yo...

—Esa usted, maestro, tal vez, demasiado en mí.

—Estoy persuadido de lo contrario.

—Mucho debe de saber.

—Mucho y nada... Mi única ambición es escribir una ópera.

—¿Por qué, teniendo el don de la esperanza, no lo intenta?

—Me falta el argumento... la acción.

—En encontrarlo puedo ayudarle.

—Eso me encantaría de veras... porque yo creo en usted.

—No es más una idea que en este momento a mi recuerdo acude.

Anhelante estoy por conocerla.

—Le voy, pues, a referir el cuento de una princesa encantadora que amaba a un campesino y dió su vida en el altar de su amor.

Y Rosa relató el poético y trágico fin de aquella su pariente a quien dió muerte su rival.

Griffith, que había escuchado a Rosa con creciente interés, comentó:

— Un precioso argumento, tenso de emoción y sentimiento! Precisamente lo que necesito.

Y a Rosa se le ensanchó el pecho de gozo al comprobar que, como a ella, aquel amor inmenso de la princesa y su galán, había conmovido las fibras de Griffith.

* * *

Algunos meses después.

Rosa y Griffith habíanse convertido en los mejores amigos del mundo. Ni un día pasó sin que ella iluminase con su visita el estudio del compositor.

Cuidada por Jacobelli—que ignoraba la combinación que hacía su alumna—y corregida por Griffith, Rosa hacía enormes progresos en el canto.

Cierta día, enterado por Rosa de los continuos encuentros que ella hacía con Dimitri, Griffith preguntó a éste, guiado, a su pesar, por la duda de la lealtad del camarada:

— ¿Por qué vigilas a Rosa tan celosamente? No la dejas ni a sol ni a sombra. ¿Hasta la sigues en la calle!

Dimitri, cortado ante la exigencia de Griffith, salió del paso torciendo la verdad.

— Si tanto deseas saberlo... ¡Yo también la quiero!

— Ah!... Bien... En tu derecho estás, amigo mío... y no sería yo quien se interpondría en vuestro camino, si ella te correspondiese. Pero es el caso, Dimitri...

No concluyó la frase, pues Rosa, inopinadamente, apareció en el umbral del cuarto.

Griffith dirigió una mirada a Dimitri que equivalía a decirle:

— No te guardo rencor... He aquí la que debe terciar en nuestro caso.

Dimitri fugió más hábilmente de lo que suponía, y con el mismo apresuramiento que Griffith, se adelantó a dar la bienvenida a Rosa.

Ella entró como si estuviera en su casa y justificó el motivo, a aquella hora, de su visita:

— Me dirigía a una cita muy importante—dijo a Griffith—cuando recordé de súbito que era su cumpleaños... ¡y aquí estoy con la felicitación en los labios y los votos más placenteros en el corazón!

Griffith daba gracias a la Providencia por haberle deparado tan buena estrella, y Dimitri, después de presenciar la apertura de los numerosos paquetes de obsequios que para su amigo había traído Rosa consigo, pretextó una inaplazable entrevista con un cliente suyo, para dejar solos a los enamorados que, sin habérselo ellos confesado, lo estaban sin remisión.

Aquella misma tarde, Rosa debía cantar ante Ward para su aprobación final... pero parecía haber olvidado que ya hacía una hora que debiera encontrarse en casa del Mecenas.

Lo parecía, no es la palabra justa, pues que ya había tomado sus precauciones por si Griffith sabía, al fin, declararse a ella, y con tal objeto había mandado a Ward, que la recibía mientras

el idilio empezaba entre Rosa y Griffith, la siguiente carta:

"Mi querido señor Ward:

"Me parece que tendrá usted que aceptar, por ahora, el juicio del maestro Jacobelli. Estoy decidida a cantar para el director de la Ópera, en cuya ocasión podrá oírme.

"Esta tarde estoy indispuesta.

Rosa Roma."

Jacobelli y el protector de Rosa se miraron perplejos, y el primero, tirándose nerviosamente de los pelos de su prodigio cráneo, se marchó de la casa del segundo para ver si daba con su alumna, que, como vulgarmente se dice, parecía querer darles un mico.

La soledad en la poética bohemia de dos razones jóvenes y soñadores, fué aquella tarde, el galante cómplice de ellos, que fueron vencidos bajo una misma influencia de todos los sentidos.

Los apasionados jóvenes sólo se miraron fijamente... Ella sonrió provocativa, en su encantadora ingenuidad... y él, indeciso al principio de aquella implorada escena, sacó fuerzas de su timidez y también sonrió.

Entonces... sin musitar una insignificante frase siquiera, Rosa y Griffith, como sugestionados por ellos mismos, adelantaron sus rostros y sus labios se juntaron en silencioso, elocuente e inmenso beso.

—¡Mi Rosa! —clamó él, después de esa escena, increíble de ser tan poco y poseer ya tanto,

—¡Mi Griffith! —contestó ella.

—¿Es posible que usted me quiera?... ¿Es posible?...

Por unos instantes, cielo fué la humilde vivienda del arte, pues en ella había ilusión y amor.

Pero...

Natalia, una discípula de Griffith, apareció en el estudio.

Era una jovencita muy cariñosa, excesivamente coqueta y relativamente adorable.

Rosa levantóse de la silla en que descansaba, cuando llegó la aludida señorita. ¿Qué quería a aquella hora, algo avanzada, de la tarde, aquella muchacha que entraba en el zaquizami de los artistas como si lo hiciera en su propia casa y sin temerarse por la presencia de otra mujer?

Griffith, a juzgar por el gesto que hizo Rosa cuando Natalia le obsequió con un ramo de flores, temió que una mala interpretación de la realidad perjudicara su incipiente dicha sin par.

Y trató de arreglar las cosas:

—Mis alumnas deben conocerse—dijo a las dos mujeres.—Señorita Rosa... mi más joven discípula y amigueta Natalia Nevins.

Ellas se saludaron y desde este momento Natalia habló por los codos, según su costumbre.

—Me encanta venir a este sitio. No existe en todo este prosaico Nueva York un hombre más interesante... más noble... más romántico que él...

Griffith, de poder hacerlo, hubiese amorda-

zando a la atolondrada muchacha que lo iba a echar todo a perder.

— Verdaderamente, me tiene fascinada... loca!

Rosa sentía que su sangre se agolpaba en su cerebro.

Griffith no daba pie con bola.



Griffith, a juzgar por el gesto que hizo Rosa cuando Natalia le obsequió...

Natalia, inconsciente de su falta de tacto, palmeó al ver encima de la mesa un succulento pastel, y tal que si fuera la dueña de la casa, ofreció el dulce a los demás.

Rosa, indignada, por más esfuerzos que hiciera para convencerse de que lo que suponía respecto a Natalia y Griffith no era cierto, tomó

su sombrero, del que se había despojado antes, y salió con visible enfado de la bohardilla.

Griffith quedó anonadado. Había intentado dar una explicación a Rosa. Mas ésta fue rápida en su partida.

Natalia, que, en efecto, estaba infantilmente enamorada de Griffith, imploró de éste una son-



Rosa, indignada, por más esfuerzos que hiciera...

risita, y le dijo:

—Vamos, acabemos este pastel de una vez. Mamá llegará de un momento a otro con las nuevas más portentosas del mundo.

Como se ve, Natalia no iba nunca sola al estudio de Griffith o, por lo menos, jamás su madre dejó de ir a buscarla allí.

Y aquella, como otras tardes, la madre de la coquetuela, fué al estudio por su hija.

La noticia interesante entre las noticias de la madre que Natalia había comunicado a Griffith, era ésta, comunicada por la propia señora:

—He decidido presentar su ópera en una fiesta de caridad que voy a dar en mi casa. Casanova, Jacobelli, Ogden, Ward, todas las eminencias, en fin, del mundo musical, van a darse cita en mi casa con tal motivo.

Griffith no sabía cómo expresar su gratitud a la madre de Natalia por haberse interesado de tal suerte a él, desde que supo que había terminado su ópera.

En la casa de Ward había el conde Jurka, quien recibía del primero, la siguiente comunicación:

—Conde Jurka, ha apurado usted por completo mi paciencia. Le he facilitado ya grandes sumas, y es hora de que me entregue esas joyas... ¡ahora mismo, o nunca!

—Señor Ward, no desespere usted... No dude de mí, se lo suplico, y ya verá cómo pronto tiene usted lo que apetece con tanto afán.

Rosa llegaba en casa de su protector cuando el conde se disponía a salir de ella.

—Ella aquí?—dijose Jurka.—¡Si antes de que yo los consiga, ella cometiese la torpeza de adornarse con los rubies que Ward codicia!..

Y desapareció, decidido a jugar la última carta en aquella partida, para asegurarse una

buena suma con el producto de su robo, cometido por otro, el infeliz Dimitri.

Cuando estuvieron solos Rosa y Ward, éste, extrañado, comentó:

—¡Caramba! ¡Qué pronto se ha restablecido usted!

Rosa, vaciando su dolor en el olvido de su



Rosa llegaba en casa de su protector cuando el conde se disponía...

supuesto desengaño, para odiar a los hombres, manifestó:

—¡Curóse para siempre mi enfermedad! He venido a cantar... Y voy a cantar "Carmen"... ¡"Carmen", la triste heroína de amor, que amó mucho y amó mal!

—¡Bravo! Tocaré yo por usted, ya que Jacobelli se marchó...

Y Rosa cantó para Ward sólo... Y el indicio de la pasión que ardía en su pecho se desbordó en sonoras oleadas, vibrantes, patéticas, desgarradoras: ¡"Carmen", la gran heroína de amor, cantaba como nunca las torturas de su



Y Rosa cantó para Ward sólo...

alma!

Al terminar, Ward, admirado, exclamó:

—¡Soberbio!... ¡Soberbio!... ¡Más hermosa aún que la voz de su madre! ¡María Roma jamás alcanzó en su triunfal carrera esas supremas alturas!

Y Ward, en su exaltación, dibujó la intención de ceñir con sus brazos el magnífico cuerpo

de Rosa, mas ésta lo arrojó de sí, herida en su dignidad.

—Su cólera no le sienta mal! Pero, señorita, no se olvide de su carrera...

—Déjeme libre el paso, o grito...

—Nada de violencias, señorita... No acostumbro hacerlas... Más tarde o más temprano... siempre logro lo que quiero.

—Esta vez se verá usted defraudado. Pero no tenga cuidado, su dinero le será devuelto con creces.

Rosa se alejó de la casa del incorrecto Ward, resuelta a no volver nunca a ella.

La reflexión, poco después, hizo comprender a Rosa la diferencia que existía entre Ward y Griffith, y se convenció de que el sincero amor que ella le inspiraba no le había jamás permitido el más ligero atrevimiento.

Y, arrepentida de haber dudado de él, ella decidió, en regia reparación, desempeñar el papel de protagonista de la ópera que Griffith había escrito.

Nanita, presa de una jaqueca horrible, no pudo acompañarla a la casa de la madre de Natalia—que era donde, como se sabe, se daba la fiesta—y Rosa fué sola y llevó en tan memorable ocasión—su debut en público selecto musical—los famosos rubies del Rajá.

* * *

Griffith, emocionado, dirigía la orquesta que interpretaba su ópera.

Una distinguida concurrencia llenaba el regio-
salón de teatro de los padres de Natalia.

Al principio, la obra no tenía trazas de im-
ponerse... pero, a poco, en medio del silencio
que pesaba y oprimía, brotó el raudal de oro
de una voz magra que se adueñaba del alma y
llevaba a ella el sentido trágico del amor hu-
mano.

Era Rosa quien cantaba...

Y el triunfo de autor e intérpretes fué ro-
tundo, definitivo... y un nuevo astro en el fir-
mamento aparecía, radiante de belleza. ¡Rosa es-
taba consagrada!

Griffith lloraba interiormente de gozo. ¡Su
ópera se había impuesto, gracias al alma que en
ello puso Rosa!

Después de la función, el señor de la casa
puso al director de la Ópera en antecedentes de
quién era Rosa, y luego Casanova repitió a Ja-
cobelli lo que le dijera el citado anfitrión, es
decir, que ella era la hija de la insigne María
Roma... que Griffith preservó su voz cuando
ya estaba medio estropeada por malas enseñan-
zas.

A lo cual, objetó Jacobelli, airado:

—¡Es una mentira!... ¡Yo... Jacobelli... yo
fui su maestro!

Entonces, pasmado, Casanova, le reconvino:

—¡Idiota! La dejó usted cantar para los po-
bres, en vez de traérmela para la Ópera. Ahora,
¡no la quiero ni de balde!

—¡Ah!—gimió Jacobelli.— Su amor por esa

pobre compositor le ha descompuesto la cabeza
a la pobre. No quiero nada más con ella.

Así, en su despecho, Jacobelli renunciaba a
Rosa... puesto que ella no lo necesitaba para
nada. ¡Bomita, renuncia!

Griffith, que estaba, con Rosa, recibiendo elo-
gios de todos, acariciaba a su ideal con apasio-



*Y el triunfo de autor e intérpretes fué ro-
tundo, definitivo...*

nadas miradas. ¡Qué hermosa es usted, mi Ro-
sa!—le pudo murmurar él.

Y, como él le miraba los rubios, ella le dijo:

—Me puse bella para usted... sólo para us-
ted... No son joyas de guardarrópa. ¡Son pie-
dras preciosas de verdad!

Eso ya lo sabían el conde Jurka y Dimitri...

y, si nada lo impedía, pronto pasarían del poder de la cantante al del villano noble...

Mientras Rosa hablaba con Griffith, ella recibió una nota manuscrita de Ward, que decía como sigue:

"Voy inmediatamente a su casa. Exija una explicación."

Temiendo que Ward, creyéndose engañado, pusiera el grito en el cielo a riesgo de dañar su reputación, Rosa se despidió de Griffith en seguida.

—Tengo que marcharme inmediatamente—le dijo.—Sitvase presentar mis excusas. Mañana lo aclararé todo satisfactoriamente.

El conde y Dimitri también se fueron de la reunión...

Al llegar a su casa, Rosa vio que Nanita no había recobrado aún los sentidos, y considerándose sola, telefonó a Griffith para que fuera a verla, con el objeto de que Ward no la encontrara sola.

Griffith se puso en camino en el acto.

Antes que él llegó Ward a la casa de Rosa.

Así hablaron:

—Esta noche me hallé en casa de los Nevins. Ha roto usted todas sus promesas!

—El día que me insultó, me descargó usted de toda obligación, excepto la del dinero. ¿Y esa deuda se la voy a pagar ahora mismo!

Diciendo esto, Rosa se despojó de sus joyas, entre éstas los rubíes, y prosiguió:

—¡Estas joyas son mías, y son verdaderas!

Ward parecía dudar de la autenticidad de los rubíes, tan magníficos eran.

—¡Tómelas!—insistió Rosa.—Valen diez veces más de lo que usted me prestó, pero la libertad vale bien cualquier precio que se pague por ella.

Ward admiraba las joyas, altamente sorprendido.

—Esta casa la debo a su dinero. De modo que mañana mismo la dejaré.

Ward, convencido de que los rubíes de Rosa eran precisamente los que el conde debía conseguirle—deduciendo tal cosa de los datos que el conde le había dado referentes a los mismos, le dijo a ella:

—He ofrecido medio millón por estos mismos rubíes, pero muy alegre se los devuelvo como una nueva prenda de mi amistad. Ahora, mi ambición va más lejos... Quiero algo más precioso: ¡usted!

Y Rosa no pudo evitar que Ward le rodease el talle con sus brazos con cínicos intentos.

Pero un hombre, apareciendo por el balcón, llegó en su auxilio y, mientras ella se desmayaba, sin haber visto al recién llegado, éste, que era el pobre Dimitri, asestó a Ward un golpe en la cabeza que le hizo caer al suelo sin sentido, se apoderó de los rubíes y, una vez en poder de ellos, musitó ante Rosa:

—Perdóneme, mi hermosa dama... Es para otra mujer a la cual quiero y que se halla en un apuro más grande que el mío.

En un auto, Dimitri se trasladó a la casa

del conde Jurka, y la casualidad puso en sus manos un cablegrama, en el que leyó una noticia horrible y, al hallarse frente a frente con el aristócrata, le comunicó:

—Tengo los rubíes... y también este papel, que acabo precisamente de encontrarme... Mi pobre hermana, hace muchos meses que murió. Me ha mentido usted villanamente!

Desorbitados los ojos, Dimitri se abalanzó al conde y sostuvo con él una gigantesca pelea... y lo mató, en venganza de su infame conducta.

Después de cometido su delito, el violinista corrió hacia la casa de Rosa.

En ella, Griffith, que hacía poco había llegado, recorría a Rosa, y Ward volvía también en sí.

Al ver a Griffith, Ward le acusó:

—¿Tú me derribaste al suelo! ¿Eh? ¿Tú robaste también los rubíes!

—Alguien vino en mi auxilio—dijo Rosa—. Sí, mi salvador de sus asquerosas garras, se llevó también los rubíes; de muy buena gana le perdono.

Griffith, que había apreciado antes el valor de los rubíes, requirió por teléfono la intervención de la policía.

—Me ha estado usted engañando miserablemente. ¡Usted y su amante!—gritó Ward.

Y se ganó un puñetazo formidable de Griffith en pleno rostro.

En este momento corrióse una cortina que ocultaba un balcón, y Dimitri—pues era él—

avanzó calizbajo hacia Rosa y, devolviéndole las joyas, dió esta explicación:

—El conde Jurka me forzó a robar estos rubíes y en sus últimos instantes me confesó que había estado al servicio del señor Ward.

Este, cómplice involuntario del robo, se apresuró a disculparse en este sentido:



El conde Jurka me forzó a robar estos rubíes.

—Juro que ignoraba completamente lo que debía hacer ese conde para venderme ciertos rubíes que me ofreció y que resultan ser éstos.

—Conozco sus escasos escrúpulos, señor Ward—le respondió Griffith—que buena prueba le ha dado usted a la señorita Rosa, y aquí, desde hoy para siempre, está usted de más.

El señor Ward, humillado, iba a marcharse, cuando apareció un agente de la policía secreta.

—Las joyas han sido devueltas. Fue todo una equivocación, y no tendremos necesidad de sus servicios—dijo Rosa.

—No, se equivoca—expuso Dimitri, abatido.

La policía me necesitará. Pero no temo a la verdadera justicia y esperaré, confiando, su fallo.

Griffith se acercó a su amigo:

—¿Qué has hecho, Dimitri?

—Cumplí con un deber sagrado... No temas... Sobre la justicia humana hay otra, y es justa... Volveré a tu lado... a vuestro lado...

—3—

¡Sed felices!

Rosa renunció a todo por ser la dulce compañera del músico, pues es así como la mujer ama, cuando le llega la hora de amar y de rendir al elegido los peregrinos tesoros de su alma.

Y fué para ellos secundaria la nueva que Jacobelli les trajo, de que Rosa podría cantar en la Ópera, pues Casanova, habiendo cambiado de parecer, estaba dispuesto a contratarla...

Porque Rosa y Griffith no estaban en aquellos momentos para otras canciones que las de su amor.

Y Jacobelli, aunque no fuera pintor, vió fácilmente que en aquel cuadro sobraba un color...

el negro... cuya sombra era molesta... que ese color era él... y que no podía hacer otra cosa mejor que esfumarse...

Lo cual hizo.

E hizo bien...

FIN

(Revisado por la censura militar)



Quinta Edición, Cap. 1.

• NÚMEROS PUBLICADOS •

N.º	NOVELA	Postal-Escena
1	Los Ombos a Gente Brava	El jorón Nedardus
2	Las dos riquezas	El Prisionero de Yenda
3	Vanidad Femenina	La Batalla
4	Un canto pinto del apocalipsis	Los enemigos de la mujer
5	Las espigas de los hambres nros	Violetas Imperiales
6	Dering, El Negro	Mary Pickford
7	En poder del enemigo	Thomas Heighan
8	Heliotrope	Bobi Daniels
9	Corazón triunfante	Douglas Mac Lean
10	Por la puerta de servicio	Edith Clayton
11	Burmecelón	Charles Ray
12	El Indomado	Vivian Martin
13	Cómo aman las Mujeres	Roscoe Arbuckle (Fatty)

PRÓXIMO NÚMERO

LA DELICIOSA NOVELA

LA FUGA DE LA NOVIA

DE LA QUE ES INIMITABLE PROTAGONISTA
EN LA PELÍCULA LA MONISIMA

VIOLA DANA

*«Como quién ha de casarse soy yo,
quiere hacerlo a mi gusto»—dice la
novia, en víspera de su boda, dispues-
ta a cometer una locura para no ser la
víctima del egoísmo de su madre.*

Postal-Escena: ENID BENNETT

Entretenido asunto de
profunda moraleja.

Precio 30 cts.

LA NOVELA FILM se pone a la venta en toda
España todos los martes

Colaciones, cometas y números
suellos atrasados a precios corrien-
tes, de venta en LA SOCIEDAD GE-
NERAL ESPAÑOLA de LIBRERÍA, s. a.
Barbarrá, 15. BARCELONA,
en sus Agencias de Provincias
y en todas las Kioscos de España

007 NFV (13)

